

yor obstáculo, me aventuré á ciegas en el puentecillo bailarín.

¡Ay!, ¡que así terminara mi aventura caritativa! ¡Y cómo debieron de reir el Satanás de mi cuadro y la trágica intrusa brasileña!

Porque metí la pata en el vacío, como cualquier romántico de menor cuantía, y me fuí del puente abajo, magullándome todo y quebrándome un hueso...

VII

Decía que una causa principalísima molestaba, al par de otras muy respetables, á mi sobrino Arturo en el encierro á que le condenaron aquellos negros días de epidemia, y era que estaba Arturo enamorado y ya en serias relaciones con una chica lindísima, Isaura de nombre, la que tenía algo que ver con los Maltán de Pablos por parentesco, aunque tan de lejos que casi no se veía. Sinceramente declaro que cuando el muchacho me confesó su pasión por Isaura Maltán, me dió pena de pensar que pudiera recibir seguras calabazas como las que yo recogí de Delfina. No conocía á Isaura Maltán, pero me la figuraba tal y como mi pesimismo pretendía injustamente que fueran las señoritas casaderas en general, y siendo Arturo según retratado queda, ¿quién iba á quererle? ¿Quién había de apreciarle, dotado de las más extraordinarias cualidades y fuera del nivel común, exento de las vulgares máculas que son prenda de alianza en el rebaño

humano, de confraternidad y mutuo reconocimiento?

¿Qué sucedería si un soberbio faisán dorado, de copete airoso y cola de pintadas plumas diera en la flaqueza de rondar á la gallina humilde ó á la hembra patoja de un palmípedo de tres al cuarto? Huiría des-pavorida de tan gallardo caballero, que no era de su baja estofa, si ordinaria de suyo y mal educada no contestaba á sus floridas frases con un picotazo soez.

Pues tal imaginaba yo, y pase la comparación, que con Arturo é Isaura ocurriría, convencido de que á sosa, insignificante y necia no la ganaba ninguna de su especie. Y esto de que el faisán de mi casa perdiera una sola de sus preciosas plumas en corral indigno y volviera á mí con el copete bajo y vapuleado, me causaba disgusto y lástima.

Mi única aspiración, de la que tanto se reía mi padre, fué la de alcanzar la felicidad sobre la base de la familia cristiana, y para conseguirla empleé aquellos recursos ingenuos que tan triste resultado me dieron en sociedad, cual si á caza de liebres llevara red para mariposas. Siendo Arturo otro D. Perfecto, quizá más acabado que el original, echaría mano de los mismos recursos é igual batacazo sufriría, lógicamente pensando. A fin de evitarlo, creí oportuno darle, aunque repugnaba á mi carácter, una leccioncita en este sentido revelador de mi irremediable misoginia.

— No conozco á la prójima, pero me la figuro muy presumidita y tan bobita como otras muchas, y gracias que sólo tenga estos defectos generales. Tan grandes

como son los inconvenientes del matrimonio, harás bien en estudiar si ella te trae, en hacienda ó en otra forma práctica, el contrapeso necesario para el equilibrio, no sea cosa que toda la carga vaya de tu lado y te aplaste. Resuelta esta cuestión primordial, cuida de no presentarte ante ella tal cual eres, sino como son los demás, vale decir, oculta tu personalidad, que la desagradaría, y disfrazate con otra fanfarrona, calavera y sin vergüenza; si no, no triunfarás, ¡te lo digo yo! Si te ve las alas de ángel, estás perdido...

Perdido fué mi sermón, porque la Isaurita del cuento era la excepción más hermosa de la regla que yo quería fijar en absoluto. La primera vez que Arturo me la mostró con su cofia blanca, su esclavina azul y la faldita gris, uniforme de las educandas de la Merced, confundida en la fila procesional, manojos de flores que se sacan á orear fuera del búcaro en que languidecen, ganó mi simpatía aquella joven de modestia y belleza tantas, que confundida entre muchas, descollaba entre todas.

Huérfana, con una dote muy exigua, abandonada de los Maltán de una y otra banda que no se creían obligados á mirar por ella, la chica había concluido hacía tiempo sus estudios y no dejaba el colegio porque no sabía dónde ir, ni quería vivir arrimada á familia que pretendiera tratarla en un pie inferior al que su apellido le daba derecho. Estas y otras circunstancias que luego supe de su propia boca, muy bonita por cierto, desvanecieron mis prevenciones, contribu-

yendo á ello más que nada la idea de que el viciado ambiente de los salones no había ajado la pureza de su alma; ningún hombre había estrechado su talle,



Isaurita Maltán

arrastrándola en el vértigo del vals, ni tuvo ocasión de corromperla con sus palabras, como tampoco el mal ejemplo de las amiguitas pudo deslumbrarla y engañarla. Tampoco tenía madre ambiciosa, como misia Candela, ni padre avaro, como D. Isaías, y por lo tanto holgaba el recelo de consejos, que si los da el cariño, no los refrenda siempre la prudencia. Era un lirio, cultivado en estufa, y entiéndase con esto el cuidado sabio y el aislamiento discreto, la salud robusta del alma que no ha pasado las noches en claro bajo la luz artifi-

cial, que también roba á la piel colores y frescura; entiéndase esto, repito, no la debilidad anémica ni la textura quebradiza, el pensamiento estrecho ó el corazón apocado.

Luego, su modo, su manera peculiar, naturalísima, de hablar, de sonreír, de razonar, hasta de llorar ¡vamos!; si no lloraba como las otras, refiriéndome sus tristezas de huérfana, sus temores de tender el vuelo por aquella inmensa ventana del colegio que se mantenía abierta para ella sobre el mundo; lloraba sin sollozos, sin visajes, sin suspiros histéricos, mansamente, dulcemente... Un solo defecto la encontraba yo, y mujer que tiene sólo un defecto ha de tenerse por perfecta: su afectación de marisabía, el prurito de enseñar á los demás, el afán de probar, en la conversación corriente, sus estudios y lecturas; pero este resultado de la vida escolar lo perdió á poco de salir del claustro.

A mujercita así, y que la suerte quiso poner en el camino de Arturo, no era menester presentarse con disfraz mundano y perverso; al contrario, quien tal hiciera, fuese disfraz ó la propia envoltura, saldría por pies de seguida. Queda dicho, pues, que las bondades de mi sobrino fueron su mejor pasaporte y mis pesimistas augurios baldíos, con grande contentamiento de mi parte, que me tuve por derrotado muy á gusto.

Para demostrarlo, como Arturo había concluido ya su carrera, resolví apresurar los preparativos de la boda en cuanto de mí dependiese. Antes, movido de natural aprensión, consulté al médico acerca de si los sín-

tomas, aunque ya muy atenuados, de su enfermedad podían ser ó no podían ser un obstáculo para nuestro proyecto, y hasta peligro grave. Entonces la ciencia estaba más á oscuras que ahora, y el genio no había descubierto aún el mundo grandioso de los microbios... El médico, que no veía más allá de sus anteojos, contestó que ni obstáculo ni peligro existían, ni siquiera remotamente. Y como el médico lo dijo, basta.

Se corrieron los trámites, algo engorrosos, de la benéfica institución; buscamos casa más grande, y cuando se daba la última puntada en el ajuar sobrevino la catástrofe del 71, ó mejor dicho, la serie de catástrofes que nos enlutó á todos y me tuvo á mí con la patita tiesa y el cuerpo resentido un buen par de meses. Hubo de dilatarse, naturalmente, la ceremonia, y el cambio de circunstancias trajo el cambio de nuestro proyecto en lo relativo á la morada de la futura pareja: heredero de mi hermana Clara por su testamento, determiné alquilar la vieja casa paterna, previo un lavado de cara higiénico, y ocupar esta quinta de Belgrano en que ahora escribo tristemente, llorando con mis recuerdos, y que el inglés había hermoñado tanto, que era un paraíso propio para que mi sobrino colgara en él el nido de sus amores y disfrutara yo de la vida retraída á que mi asco del mundo me empujaba. Bastante urbanizado ya el pueblo, con más fáciles comunicaciones, podía conceptuarse agradable retiro: ¿qué más para que, así yo por mi especial carácter, como Arturo y el inconsolable *Bullebulle*, nos apresuráramos á

abandonar la casita de la calle de Maipú, donde la eterna ausencia de Sara nos quitaba todo ánimo?

Tan pronto como yo pude andar sin ayuda de muleta. Realizada la evacuación del inglés, se aseó y pintó la quinta de nuevo, se amuebló tal cual está, pues á pesar de los acontecimientos posteriores no se ha tocado un solo clavo, y nos dispusimos á la mudanza, ¿cuándo?, no me acuerdo del mes, pero sí que aún no había pasado el invierno y las carretas portadoras de nuestro menaje se atascaron en el mal camino, que ni de buenas intenciones estaba entonces empedrado.

Y con esto y ningún otro prolegómeno de bulto se verificó la boda, muy modestamente, en medio de los cantos celestiales de las compañeras de Isaura, la rubia y lindísima novia que, entre el incienso y los tules, resplandecía como una imagen. Una vez casaditos, ellos á Belgrano, y yo con *Bullebulle* al Trigal á dar ciertos zurcidos en el contrato del campo aquel, acabados con éxito en pocos días.

La temporada que siguió á este acontecimiento fué más bien el entreacto de un drama, por lo feliz y lo breve, compás de espera entre nuestras desgracias pasadas y las futuras. ¡Qué días aquellos, tan llenos de luz!, ¡y qué pronto se nublaron! Como después de un largo viaje el cuerpo molido busca reposo en el rinconcito familiar, cada cual se instaló á su gusto y dispuso á gozar la nueva vida, suspirando de satisfacción, encantado el ánimo ante la perspectiva de una ventura sin fin.

Yo, que no soy egoísta y jamás he sentido la envidia (de lo contrario, ¿me llamaría D. Perfecto?), congratulábame de aquel idilio que con tales ansias había pretendido representar y en el que no me cabía más papel que el de espectador; veía al Amor enredar en torno mío; jugar en el jardín sobre el regazo, cuajado de flores, de la primavera; discurrir con misterio á la luz de la luna, aletear en la casa y hacer vibrar el aire con la dulce armonía de sus besos, y lo repito, no sentía envidia, joven aún, ni nada que con ella se asemejase, sino placer grandísimo de que lo que yo no pude realizar y lo tenía por mentiroso delirio de poeta, Arturo, mi semejante en todo y por lo tanto reo de mis propias cualidades y condenado á las mismas penas, lo gustase generosamente.

También ¿quién podría compararse á Isaura, no en la belleza, que no era tanta, ni con mucho se aproximaba á la extraordinaria de aquella mi Delfina fatal, sino en la suavidad del carácter, en lo discreta, en lo sumisa, en lo benévola y hasta en lo hacendosa? Casi, casi, Isaura me reconciliaba con sus congéneres y me hacía lamentar mi celibato. Desde el primer día ella tomó la dirección de la casa, y si antes el reloj de nuestras costumbres anduvo bien, marchó entonces mejor, aunque esto pareciese imposible. Yo me entregué á sus preciosas manos, y su voluntad rigió soberana en esta quinta que aún guarda, y lo guardará mientras no la arranquen de sus cimientos, el recuerdo de aquella á quien yo llamaba Isaurita con toda el

alma y era como la personificación de la felicidad, rubia, pálida, de paso ligero, cual si volara, los ojos claros de turquesa, vestida siempre de blanco con lazos que variaban de color según la hora y el tiempo, valiosa piedra de irisados cambiantes.

Vivió tan poco á mi lado, que no es extraño que esta figura ideal flote entre mis recuerdos, y á lo mejor, cuando más profunda es mi soledad, me parezca que se desliza por estas habitaciones vacías y se acerca á mí preguntándome:

—¿Qué tal, papá? (Me llamaba papá como Arturo. Con tan inmenso tesoro de amor paternal, no he pasado de padre putativo, ó sea honorario.) ¿Qué tal, papá? Se viene usted á dar una vueltecita por el jardín?

Esto sí que no me agradaba mucho, porque era estorbarles. Inventaba pretextos para dejarles solos, y raro era el día que no tuviera algo que hacer en la ciudad, yendo y viniendo con el único objeto de privarles de mi presencia. Ellos se enfadaban, desearan retenerme siempre, é Isaura me cortaba el paso regañándome:

—Es por no vernos, le aburrimos con nuestras tonterías; ocupados de nosotros, le olvidamos y no le distraemos bastante. Tiene razón. Lástima que usted no se casara también, papá; pero, para usted, no hay mujer que se lo merezca. Póngase sobre la punta de los pies y extienda bien largo el brazo: á ver si alcanza aquella estrellita...

— No, hija — protestaba yo defendiéndome, — nunca he puesto los ojos tan alto, ni los he bajado para buscar estrellas en el suelo... Un tiempo hubo, sí, que anduve buscando, no una estrella, sino una mujer, que ni me pago de lírico ni de exigente. Ya ves: ¡una mujer!, una Isaurita, como quien dice, y no la encontré. Como que no había más que una, y esa era chiquitita y la criaban los ángeles para mi señor sobrino. Pues desde entonces, me dí por derrotado y me dejé de más tanteos y ensayos, no se me escurrieran los pies, convencido de que había nacido yo sin pareja, y así la persiguiera en los más remotos escondrijos de la tierra y en las más altas capas del aire, no daría con ella jamás. Soy bola sin manija, que todos miran asustados y huyen de ella y se escandalizan, porque no acostumbran á llevar el traje común y á andar donde los otros andan los que no obran ni son como la generalidad: se enfrasan dentro de unos hábitos, ó se esconden en una cueva ó se suben á un monte, para apartarse y diferenciarse y evitar que les muerda la burla. Así como en los reinos de la naturaleza las cosas y los seres útiles están para ser sacrificados, en el orden de lo humano pasa lo mismo y el malo se come al bueno. Por esto, Isaurita de mi vida, me contento con la felicidad ajena, ya que propia no he de gozarla nunca, y créeme, me gusta veros como dos pájaros enamorados revolotear siempre juntos. ¿Lo dudas?

—¿Qué he de dudar? — replicaba la muchacha, á quien no sorprendían ya mis extraños discursos. — Lo